

# RUEDA DE ALCALDES

## Montearagón o la fuerza del vino

La organización de los campesinos que se dedican al cultivo de la vid, que en Montearagón son mayoría, por un lado, y el amor a la tierra que les vio nacer, por otro, son los dos factores que mantienen en vida a un pueblo que estaría llamado como otros muchos a ir disminuyendo y, al final a desaparecer.

El campesino de nuestras tierras se marcha de los pueblos de origen o porque las tierras que trabaja no producen por ser escasas y pobres, o porque considera que el esfuerzo que hace para cultivarlas comparado con el rendimiento que obtiene no es rentable.

La atracción de la gran ciudad, sobre todo cuando está a un tiro de piedra como Madrid con respecto a Toledo, es tan grande que el campesino, con tal de tener un poco más de comodidad —entendiendo por comodidad modernidad— no duda en sacrificar el campo e irse en busca de lo desconocido.

Este fenómeno que se repite y se constata en casi todos los pueblos, sobre todo en los más pequeños de la comarca, no tiene vigencia en Montearagón. Y no creo que las tierras sean aquí menos rentables, ni que el esfuerzo que exige cultivarlas sea menor, ni que Madrid esté más lejos que para cualquier otro lugar.

Aquí ocurre que han sabido organizarse. La industria vitivinícola es el aro, la argolla que une a los habitantes de este pueblecito situado en el declive de una loma sin más historia detrás que unos recuerdos confusos a la tierra que les vio nacer.

Al viajero le resulta difícil leer el terreno, las calles y las fachadas de las casas cuando no tiene un apoyo histórico o un elemento que le dé unidad y sentido a todo lo que los ojos van viendo. Sin elementos de referencia es incapaz de trazar la personalidad de las calles, y las casas sólo se diferencian unas de otras en que son más modernas y están hechas de ladrillo, o más viejas y predomina el adobe y la cal en su construcción.

El recorrido por el pueblo —calle arriba, calle abajo— está salpicado de anécdotas inconexas que es difícil estructurar en torno a una médula común. La vida se da en cuadros instantáneos apenas captados y muy semejantes a los de cualquier otro pueblo: un grupo de personas charla mientras un hombre más joven y con aspecto de vivir en la ciudad pinta las rejas de la ventana; una anciana asusta con sus gritos y sus "tacos" a un grupo de chiquillos que juegan en un solar probablemente de su propiedad; un aguador

llena las cántaras en las fuentes que corren a lo bajero del pueblo mientras la mula blanca hunde el morro en el pilón del agua; el bar a las seis de la tarde aún está cerrado y para beber una cerveza hay que entrar a comprarla en la tienda de ultramarinos que existe en la plaza cercana a la iglesia. Y dar las gracias, claro.

De todas las viviendas que el viajero ha tomado casi al vuelo y ha vivido con prisa, la que más retrata a Montearagón es la vivienda en una de las bodegas de vino que hay cerca de la estación. Probando los caldos del lugar pudo observar las reacciones de las personas de este pueblo; sus apreciaciones del vino, su identificación con el trabajo y el producto de la vid. Catar la cosecha y observar la evolución de la misma; ser un experto en suma, eso es lo que hace felices a estas gentes, que te ofrecen con orgullo el fruto de su sudor y de sus tierras.

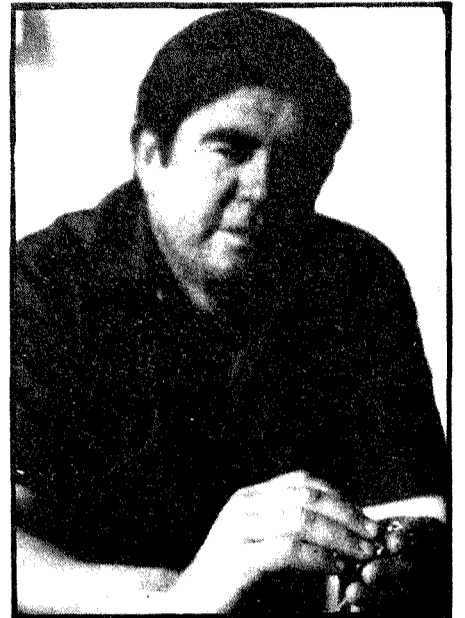
Dice la historia o la leyenda que el término de Montearagón "era propiedad de un rey de Aragón, Ramírez que tenía construido un Monasterio, del cual no queda vestigio alguno, alrededor del cual se formó el actual pueblo. Posiblemente la iglesia hoy existente, en mal estado, fuera construida en aquella fecha, por creer fuera de la época de la Reconquista. El título del pueblo de Montearagón procede de ser el terreno dedicado a montes en aquella época y ser su dueño el citado rey de Aragón".

Lo que ayer era posesión de un rey o unos monjes (pues es de suponer que en

el convento los hubiera) ha pasado a manos de los campesinos que viven en el pueblo. Y si ayer el monte era lo importante, hoy la viña ha tomado el primer puesto en estos terrenos. Sin embargo, Baco, el rey de la juerga y del vino no ha dejado en la vida corriente muchos vestigios. El pueblo es tan austero como cualquier pueblo asentado en las sedientas tierras castellanas. Quizá para entrar en la entraña de estas gentes haya que visitar el lugar en las fiestas de octubre, cuando la vid ha dejado las cepas y se encuentra empezando a fermentar en el lagar.

Este año ni siquiera esas fechas son propicias. La helada lo ha estropeado todo, quizá también la alegría. Lo que no ha logrado estropear es la organización de estas gentes valientes que se han unido en una cooperativa vitivinícola con otros pueblos para evitar que Montearagón fuera desapareciendo como muchos otros pueblos de la comarca.

El alcalde, don Eugenio Marugán de la Casa, nos recibe en su despacho del Ayuntamiento. Es un hombre fuerte y comunicativo, con el que resulta fácil la conversación. Nos dice que lleva diez años en el cargo y que la Corporación la componen con él seis concejales. Para los seiscientos treinta habitantes que cuenta el pueblo, tiene el Ayuntamiento un presupuesto de unas ochocientas mil pesetas. Poco menos que nada, ya que los gastos propios del Ayuntamiento lo absorben casi totalmente. El término cuenta con 1.300 hectáreas, en las que son su principal producción la vid y la higuera. También



Don Eugenio Marugán de la Casa, Alcalde de Montearagón.

se siembra algo de cereal, más bien poco.

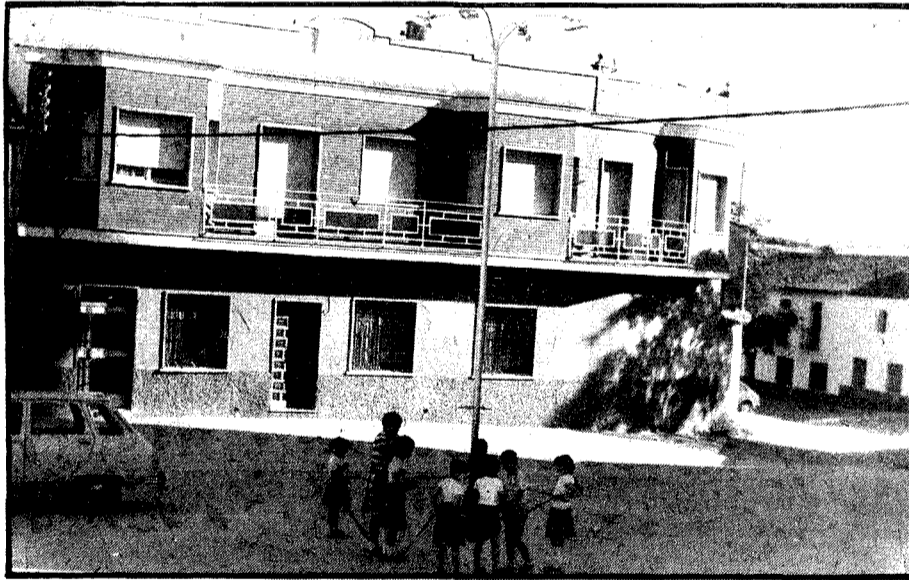
En el pueblo, este año, hay una gran preocupación. Las heladas de los meses pasados que tanto daño hicieron en el campo en toda España, a Montearagón le han afectado de tal forma que piensan que las pérdidas en la cosecha van a ser del orden del 85 por ciento en la uva y del 75 por ciento en las higueras. Nos llama la atención este último capítulo y así se lo decimos al alcalde:

—¿Es posible que la producción de higos pueda ser problema para ustedes? Todos sabemos que Montearagón vive principalmente del vino, pero ignorábamos que la higuera tuviese importancia en la economía de este pueblo.

—Pues la tiene y mucha. Nosotros venimos exportando principalmente a los mercados de Madrid más de 27.000 cajas de higos, con 21 kilos cada caja. Es un cultivo del que vive mucha gente y da muchos jornales. Hay quien cuida y recolecta las suyas y las hay también dadas a medieros por los propietarios, repartiéndose ambos los beneficios. Este año no hay nada de eso, las heladas trajeron el desastre. Tan es así que en años normales, en la época de recolección, no encontrabas en el pueblo una sola mujer para nada porque todas estaban trabajando en la recogida. Este año no hay una sola trabajando y hombres jornaleros también hay bastantes desocupados.

—¿Y con la uva pasa igual?

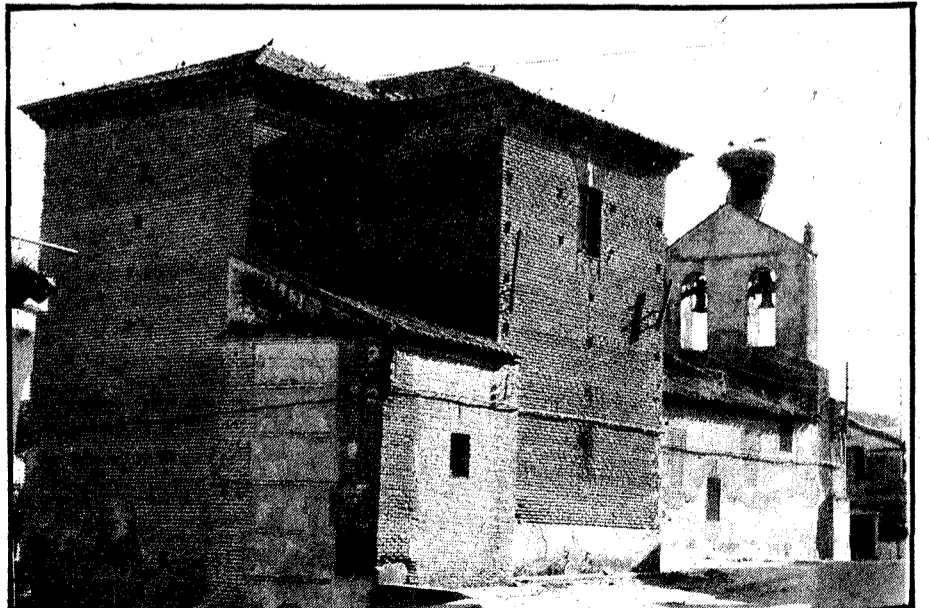
—Ya le he dicho que las pérdidas se calculan en el 85 por ciento. Como ejemplo le diré que una propiedad mía, en la que venía recogiendo normalmente unos 30.000 kilos de uva, calculo que, como mucho, se van a coger mil kilos.



Niños jugando en la plaza de Montearagón.



El agua, eterno problema a medio resolver.



La iglesia parroquial, en mal estado de conservación.